

# ABRAHAM LAS PRUEBAS DE LA FE

EDDIE CLOER

*Texto: Génesis 17.27—22.19*

Una buena y sencilla definición de la fe bíblica sería esta: «*La fe es aceptar lo que Dios ha dicho y actuar de conformidad con ello, con confianza y amor*». Esta definición aflora en dos Escrituras: Hebreos 11.1 y Romanos 10.17.

Hebreos 11.1 nos da una descripción de la fe: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve». Este versículo dice que la fe es nuestra razón, nuestra base, para esperar que Dios nos salve, responda nuestras oraciones y nos cumpla todas Sus demás promesas. El fundamento de la confianza en la existencia y la integridad de Dios es lo que llamamos fe.

Romanos 10.17 nos instruye en cuanto al origen de la fe: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Este versículo afirma que la fe es creada por las Escrituras. Oír la Palabra de Dios produce fe. Por lo tanto, solamente cuando se acepta lo que Dios ha dicho, se puede decir que tenemos verdadera fe.

Una antigua ilustración que usaban los predicadores pioneros, nos ayuda a discernir la diferencia entre la fe, la opinión y el conocimiento. Imagínese que estoy frente a una congregación, con una mano cerrada en alto, de modo que ellos la puedan ver, y digo: «¿Pueden ustedes adivinar qué tengo en mi mano?». Uno de los presentes podría decir que es una llave, otro podría insinuar que es una moneda, aún otro podría creer que es un botón, respuestas que caen todas en la categoría de buenas conjeturas, pero que no son más que

conjeturas. En vista de que no tienen prueba relacionada con lo que tengo en mi mano, lo que sea que insinúen sería solamente *opiniones*, y nada más que opiniones.

Ahora imagínese si les dijera que el objeto que tengo en mi mano cerrada es un guijarro. Si ellos oyen lo que digo, lo aceptan y lo creen, entonces la aceptación de lo que digo, los lleva de la opinión a la *fe*. Mi testimonio provee la evidencia para producir la fe de ellos.

Por último, imagínese que yo les muestro el guijarro que tengo en mi mano. Una vez que lo ven, saben que anteriormente les había dicho la verdad. Ver el objeto convierte la fe de ellos en *conocimiento*.

Cuando adivinan qué tengo en la mano, están dando su opinión. Cuando aceptan la aseveración que hice acerca de lo que tengo en la mano, pasan a tener fe. Cuando ven lo que tengo en la mano, pasan al conocimiento. La fe no es opinión, porque se apoya en el testimonio. La fe no es conocimiento, porque es la aceptación del testimonio relacionado con lo que no he visto.

La Biblia no solamente define la fe, sino que también presenta una ilustración de ella. El hombre de la Biblia a quien Dios escogió para que sea Su ejemplo clásico de fe auténtica, es Abraham. Debido a su fe, se le llama «amigo de Dios» (Isaías 41.8; Santiago 2.23). Debido a su fidelidad, se dice de él que es padre de los fieles. Esto es, todo los que creen son, en un sentido, hijos de Abraham (Romanos 4.16; Gálatas 3.7). Dios nos ha mostrado, por medio de Abraham, qué significa tener fe.

En vista de que hemos de andar o vivir por fe

(2ª Corintios 5.7), echemos una mirada a la vida de Abraham y veamos qué significa ser una persona de fe. Abraham enfrentó tres grandes pruebas, estas pruebas ilustran los componentes de la fe.

### LA PRUEBA DE DEJAR

La primera prueba para Abraham —o Abram, como se le conocía anteriormente— fue la prueba de dejar. Se le pidió que dejara sus casas en Ur de los Caldeos, y de Harán<sup>1</sup> (Génesis 11.27–31). Dios prometió guiarlo hacia otro lugar. El primer llamado, en el sentido de dejar Ur, se fecha cerca del 2165 a. C.<sup>2</sup> El segundo, que tal vez se produjo unos quince años después, se le hizo para que dejara Harán.

La ciudad de Ur, desde la cual fue llamado la primera vez, se ubicaba en Mesopotamia y era una ciudad llena de cultura, de erudición y de mercantilismo. La decisión que tomó Abraham, de dejar Ur, habría sido difícil.

Los arqueólogos han comprobado, por medio de excavaciones hechas en Ur, que la ciudad era de un tamaño de más de diez kilómetros cuadrados y que tenía una población de 300.000 habitantes. Ur era una ciudad importante y sofisticada. La historia y la arqueología coinciden en que muchos de los habitantes de Ur, eran de gran cultura. Eran competentes en matemáticas, astronomía, textiles y grabados. Además, usaban una forma de escritura, al dejar atrás algunos de sus escritos en tabletas de arcilla, que han sido de inestimable utilidad para los arqueólogos, en la reconstrucción de la vida social y religiosa de esta ciudad y cultura. Religiosamente hablando, la ciudad era politeísta, al adorar muchos dioses, especialmente dioses de la naturaleza. En el centro de Ur había un gran centro de adoración, o templo, llamado zigurat. En este lugar, el pueblo adoraba su deidad principal, una diosa de la luna llamada Nanna.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> El Antiguo Testamento menciona concretamente que Abraham tuvo un llamado divino, en el sentido de salir de Harán (Génesis 12.1); en el discurso de Esteban que se recoge en el Nuevo Testamento (Hechos 7.2–3) se refiere que Abraham recibió un llamado divino en el sentido de salir de Ur. ¿De qué lugar llamó Dios primero a Abraham? ¿Lo llamó de Ur o de Harán? Que Abraham recibió su primer llamado en el sentido de salir de Ur está implícito en el Antiguo Testamento, en Génesis 15.7 y en Nehemías 9.7, y se declara expresamente en el Nuevo Testamento en Hechos 7.2–3. Así, él recibió dos llamados, siendo el primero en el sentido de salir de Ur, y más adelante, otro en el sentido de salir de Harán.

<sup>2</sup> John J. Davis, *Paradise to Prison: Studies in Genesis (Del paraíso a la prisión: Estudios de Génesis)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1975), 160.

<sup>3</sup> Gene A. Getz, *Abraham (Abraham)* (Ventura, Calif.: Regal Books, 1976), 11.

Josué 24.2 indica que Taré, el padre de Abraham, adoraba ídolos:

Y dijo Josué a todo el pueblo: Así dice Jehová, Dios de Israel: Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río,<sup>4</sup> esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor, y servían a dioses extraños.

No se nos dice cuándo fue que Abram llegó a oír de Jehová Dios, pero en algún momento Él comenzó a creer en Este de un modo firme y profundo.

Cuando Abram fue llamado por Dios, Taré y Abram dejaron Ur. Viajaron casi mil kilómetros hacia el norte y se asentaron en Harán. Génesis 11.31 dice que Taré tomó a Abram y lo llevó a Harán. Debe de ser que después que Abram recibió su primer llamado en Ur, él convenció a Taré de que saliera de Ur; luego Taré, al ser patriarca del clan, los llevó a Harán. Abram puede haber aceptado detenerse en Harán por causa de la edad y el estado de salud de su padre. Vivió en Harán (Génesis 11.32—12.3) hasta la muerte de Taré, que murió a la edad de 205 años.

Tal vez unos quince años después del primer llamado, Dios llamó a Abram otra vez en Harán (Génesis 12.1–3). Con este llamado, Dios hizo a Abram una promesa que se ha considerado la esencia del Antiguo Testamento.<sup>5</sup>

Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré

---

<sup>4</sup> Esto es, el río Éufrates. Vea también los versículos 3, 14 y 15.

<sup>5</sup> Fue en cinco diferentes ocasiones, que Abram recibió promesas de parte de Dios, promesas que al tomarse en conjunto, constituyen lo que se conoce como el pacto que Dios hizo con Abraham. La primera ocasión fue antes que Abraham llegara a la Tierra de Promisión (Génesis 12.1–3); la segunda fue después que Lot se separó de él (Génesis 13.14–17); la tercera fue después que Abraham liberó a Lot de los cuatro reyes (Génesis 15.1–21); la cuarta fue cuando Abraham tenía noventa y nueve años, justo antes de la destrucción de Sodoma (Génesis 17.1–22); y la quinta fue varios años después, posteriormente al mandamiento que Dios dio a Abraham, en el sentido de sacrificar a Isaac (Génesis 22.15–18). Al analizar lo que Dios dijo estas cinco veces, pueden observarse tres clases principales de promesa. En primer lugar, la descendencia de Abraham crecería hasta ser una nación que sería el pueblo especial de Dios (Génesis 12; 13.16; 15.2–5; 17.4–6; 22.17). En segundo lugar, la tierra a la cual Dios había traído a Abraham, sería la patria de esta nación (Génesis 13.14–17; 15.18; 17.8). En tercer lugar, sus descendientes serían una bendición para el mundo, al grado de que todas las naciones serían bendecidas (Génesis 12.2–3; 18.18; 22.18). Esta última promesa se cumplió por medio de la venida del Mesías al mundo, a través de la tribu de Judá (Gálatas 3.16).

tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra (Génesis 12.1–3).

Dios mandó a Abram irse de su tierra, de su parentela, de la casa de su padre. Note el orden; cada elemento refleja un sacrificio mayor que el anterior.

¿Pasó Abram la prueba? El texto dice: «Y se fue Abram...» (Génesis 12.4). Tenía que abandonar todo lo que era importante para él: tierra, familiares y parientes. Abram tenía setenta y cinco años de edad cuando obedeció el mandamiento de Dios (Génesis 12.4). Esto es lo que leemos en Hebreos 11.8:

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba.

Abram es un buen ejemplo para nosotros en la forma como empacó sus pertenencias, arrancó sus raíces, salió de su tierra, y fue a donde el Señor le indicó. Cuando Dios le pidió salir, él salió. Eso es fe. Tal respuesta sería difícil de dar para cualquier persona. Dios vio la obediencia de Abram a Su llamado como una expresión de fe.

He aquí, entonces, la primera parte de andar por fe: «salir». Dios no nos ha pedido dejar nuestra tierra e ir a otros lugares, como hizo con Abram. No obstante, nos ha pedido a todos los que le seguimos que dejemos la tierra del pecado y le sigamos con fe a la tierra de promisión de la justicia.

Note cómo este «dejar» es reflejado en la epístola de Pablo a los colosenses:

Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoo despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno (Colosenses 3.5–10).

Curtis Booth, el hermano que ayudó a convertirse al asesino en serie Jeffrey Dahmer, me dijo recientemente que había estudiado la Biblia con Timothy McVeigh, el hombre que se halló culpable de volar el Edificio Federal en Oklahoma City. Dijo que Timothy llegó a estudiar hasta quince lecciones antes de ser trasladado a Denver para su enjuiciamiento. En el momento que hablé con el hermano

Booth, no sabía si a Timothy se le permitiría seguir sus estudios en Denver, debido a la necesidad de una estricta seguridad. Dijo que estaba orando para que su abogado le siguiera llevando los cursos bíblicos por correspondencia, y que a Timothy se le permitiera terminar las lecciones y devolvérselas a él. No he oído qué resultado obtuvo la petición del hermano Booth.

El evangelio es para todos: para los que se consideran los peores, los que están en medio, y los mejores. Tanto judíos como gentiles son salvos por la fe. Dios no hace acepción entre los dos (Hechos 15.9). Para todos, la fe que salva incluye arrepentimiento, «dejar» la vida de pecado y seguir a Dios hacia la justicia (Hechos 17.30–31). Dios recibirá a quien sea de nosotros, pero tenemos que venir a Él con fe, una fe que nos lleve a dejar el pecado y a poner nuestra esperanza en Él.

### LA PRUEBA DE LA CONFIANZA

Cuando Abram llegó a Canaán, él hizo frente a su segunda prueba, la prueba de la confianza. Dios prometió bendecir a Abram. Confundido acerca de su futuro, Abram preguntó a Dios: «Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo...?» (Génesis 15.2). Dios dijo que los descendientes eran parte de Sus planes para Abram; Él daría a Abram y a Sarai un hijo:

Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia (Génesis 15.5–6).

Dios también dijo a Abram que le daría la tierra de Palestina para que fuera suya (Génesis 15.7). Abram deseaba que se le diera certeza, por lo que preguntó a Dios: «... ¿En qué conoceré que la he de heredar?». En la respuesta que Dios dio a esta pregunta Él se involucró en un ejercicio por el que hizo un pacto con Abram.

El Antiguo Testamento es en realidad la relación de los pactos que Dios ha hecho con el hombre. Dios llevó a cabo un ritual de acuerdo para expresar Su pacto con Abram. Le dijo que tomara una becerra de tres años, una cabra de tres años, un cordero de tres años, una tórtola y un palomino. Había de cortar la becerra, la cabra y el carnero en mitades. Abram hizo como se le ordenó. Cortó la becerra, la cabra y el carnero por la mitad, disponiendo cada mitad en frente de la otra, de modo que quedara una senda en medio de las mitades. Esa noche una misteriosa antorcha de fuego pasó por la senda que había entre las partes (Génesis 15.7–17).

Es probable que este método de hacer pacto

haya dado origen a la expresión «cortar un pacto». La idea subyacente parece ser esta: «Si no cumples este acuerdo, que seas cortado por la mitad como lo han sido estos animales». Por lo general, ambas partes hacían el recorrido entre las mitades de las reses muertas, pero en este caso, Dios fue el que hizo el pacto. Este fue un pacto de uno, de modo que Él fue el único que anduvo por la senda.

Dios hizo esta rutina para beneficio de Abram. Dios es el Dios eterno. Todos Sus atributos son perfectos. Su Palabra es verdad y nunca tiene una partícula de error en ella. No necesita afirmar nada a nadie. Todas las promesas de Él son tan seguras como los cimientos de la tierra, pero Dios llevó a cabo este ritual con el fin de que Abram tuviera testimonio de Dios para su fe.

La tarea de Abram para los años siguientes consistía en confiar en la promesa de Dios. Aparentemente, Abram y Sarai creyeron que Dios debía darles su hijo en seguida. No fue así. Después de esperar diez años (Génesis 16.3), un período que debió de haber parecido una eternidad a los dos, ellos decidieron hacer algo al respecto. Eligieron tomar los asuntos en sus propias manos. Aquí se dio una falla de la fe de Abram.

Sarai propuso que Abram tomara a Agar como segunda esposa para asegurarse un hijo para ellos (Génesis 16.1–4). Abram aceptó la propuesta de Sarai. En vista de que Sarai no había concebido hijo, Abram estuvo inclinado a razonar que proveer un heredero por medio de Agar sería una manera de realizar lo que Dios había prometido. Abram se equivocó con lo que hizo, pues el hijo que se le prometió, había de venir por medio de Sarai, en el momento que Dios lo decidiera. Abram y Sarai se habían vuelto demasiado impacientes.

Las acciones de Abram, aunque eran erradas y reflejaban falta de fe, deben entenderse a la luz de las costumbres de esa época. Aunque parezca extraño al lector moderno, la solución que Abram y Sarai buscaron para su problema, probablemente era la manera aceptable de tratar la esterilidad en esa época y cultura. El código de Hammurabi<sup>6</sup> y los

---

<sup>6</sup> Hammurabi, un rey de Babilonia (1728–1686 a. C.), escribió un código legal para su pueblo, que sobrevive hasta hoy. Su conjunto de leyes se inspiró en materiales legislativos anteriores, de Sumeria, materiales tales como los códigos de Eshnunna y Lipit-Ishtar. Varios ejemplares del código de Hammurabi se hicieron en forma de *estelas* y se colocaron en lugares públicos para que su contenido pudiera ser notado por el público en general. Las condiciones sociales que resultaron al comienzo del segundo milenio a. C., y posiblemente antes de este tiempo, están claramente indicadas en este código.

documentos de Nuzi,<sup>7</sup> indican que una esposa estéril podía dar una esclava a su esposo y tener derechos legales sobre el niño que naciera de esa unión. Después del nacimiento del niño, la esclava debía continuar en su legítimo lugar de sumisión como esclava.

A Agar, la criada de Sarai, le nació un hijo, Ismael, pero Dios dio a entender claramente que no era por medio de este que vendría la descendencia prometida (Génesis 16.7–16; 17.20–21). Después del nacimiento de Ismael, Sarai llegó a resentirse y quiso que Abram echara a Agar y a su hijo de la casa de ellos. Los celos de Sarai causaron severa angustia a Abram, que no deseaba agravar las dificultades que ya existían.

Dios dio a Abram y a Sarai la tranquilidad de que Él cumpliría Su promesa de darles un hijo. Les animó por medio de cambiarles sus nombres. «Abram» se convirtió en «Abraham» (Génesis 17.5), y «Sarai» se convirtió en «Sara» (Génesis 17.15). El significado de este cambio de nombres residía en que Abraham había de llegar a ser verdaderamente «padre de muchedumbre de gentes», y Sara, como la madre de estas gentes, sería «Princesa» delante de Dios.

Además, Dios confirmó Su promesa de que daría a Abraham y a Sara un hijo, por medio de establecer una «señal del pacto» que Dios hizo con Abram (Génesis 17.1–14). Él mandó que todo varón de la casa de Abraham fuera circuncidado:

Este es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu descendencia después de ti: Será circuncidado todo varón de entre vosotros. Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros. Y de edad de ocho días será circuncidado todo varón entre vosotros por vuestras generaciones; el nacido en casa, y el comprado por dinero a cualquier extranjero, que no fuere de tu linaje (Génesis 17.10–12).

Dios impuso ciertas obligaciones relacionadas con el pacto, sobre Abraham, aun antes que naciera el hijo. Se le dijo que circuncidara a todo varón como señal del pacto. A partir de ese momento, todo hijo varón había de ser circuncidado a los ocho días de haber nacido. Esta circuncisión física tendría significado espiritual; todo niño nacido al

---

<sup>7</sup> Excavaciones hechas en la ciudad de Nuzi, al este del Tigris, han brindado a los arqueólogos una maravillosa colección de documentos de arcilla que han dado un vislumbre de las costumbres de las antiguas tierras bíblicas. La mayoría de estos documentos están asignados al siglo quince a. C. Las costumbres y leyes contenidas en las tabletas muestran extraordinarios parecidos con las costumbres y leyes de la sociedad hebrea patriarcal.

clan de Abraham tendría una señal sobre él para indicar que era parte del pacto con Dios.

Un propósito por el que Dios inauguró la señal en este momento fue preparar a Abraham para el nacimiento de Isaac. Este hijo sería un cumplimiento tangible de las promesas del pacto. Él deseaba que Abraham estuviera preparado para seguir el pacto por medio de poner la señal del pacto sobre el hijo que les nacería a él y a Sara.

A Abraham le pareció que fue demasiado larga la espera para que naciera Ismael, sin embargo, fueron catorce años más los que tuvo que esperar para que llegara el hijo de la promesa. Al final, cuando Abraham tenía noventa y nueve años de edad (Génesis 17.1), Dios le habló específicamente en relación con la llegada de Isaac (Génesis 17.15–19; 18.10–15). Para este tiempo, no obstante, habían pasado tantos años, que tanto Abraham (Génesis 17.17) como Sara (Génesis 18.12–15) se rieron en sus corazones, acerca de la posibilidad de tener un hijo. Aparentemente, la fe de ellos había disminuido.

Isaac nació, de hecho, cuando Abraham tenía cien años y Sara tenía noventa años de edad. Habían pasado veinticinco años desde que Dios le prometió por primera vez a Abraham un hijo.

¿Por qué esperó Dios veinticinco años para darle a Abraham un hijo? Es probable que se puedan dar dos razones. En primer lugar, esta demora constituyó una importante prueba para la fe de Abraham. ¿Podía Abraham creer todavía, que Dios cumpliría Su promesa, después de tanto tiempo? Su fe de hecho disminuyó hasta cierto punto, como hemos notado, pero a la luz de todo lo sucedido, no sufrió una seria disminución. En segundo lugar, esta demora obligó a Abraham a darse cuenta de que la nación que vendría por medio de él, había de salir de Dios únicamente. Dios esperó que a Sara se le pasara la edad natural en que podía tener hijos, con el fin de demostrar que la descendencia prometida a Abraham tendría verdaderamente un origen sobrenatural. Isaac había de ser hijo de Dios de un modo especial, aunque les naciera a Abraham y a Sara. En Génesis 21.1–4 dice:

Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado. Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho. Y llamó Abraham el nombre de su hijo que le nació, que le dio a luz Sara, Isaac. Y circuncidó Abraham a su hijo Isaac de ocho días, como Dios le había mandado.

Leemos además en Hebreos 11.11–12, lo siguiente:

Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun

fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido. Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar.

Por fin, un hijo le nació a Abraham y a Sara. Al hijo se le dio el nombre, ordenado por Dios, Isaac, que significa «risa».

Abraham flaqueó un poco en su fe, pero siguió creyendo. Trató de tomar los asuntos en sus propias manos, para ayudarle a Dios a cumplir Su promesa, pero Dios no lo permitió. La vida de Abraham demuestra que la verdadera fe debe confiar en las promesas de Dios.

El segundo componente de la fe es, entonces, la confianza en la Palabra de Dios. Para andar auténticamente por fe, debe incluirse la confianza en la Palabra de Dios. Tomemos el mandamiento del bautismo como ilustración. ¿Ha oído usted alguna vez a alguien decir del bautismo: «No veo cómo ser zambullido en agua tenga que ver algo con la salvación»? La verdad del asunto es que Dios no pidió que *lo viéramos*; ¡Él pidió que *lo creyéramos!* (Marcos 16.15–16; Hechos 2.38; 22.16). Él no le pidió a Abraham que *viera* cómo Él le daría un hijo; ¡le pidió que *lo creyera!*

Uno de los lugares más obvios en que uno se apoya en las promesas de Dios está en el agua del bautismo. La inmersión no lava ni sana físicamente el cuerpo. Es simplemente un zambullir inocuo del cuerpo en agua. Lo único acerca del bautismo que lo hace válido es la promesa de Dios en relación con él. No percibimos ninguna respuesta tangible, al bautismo en Cristo, no se oye alguna voz del cielo, ningún reflector divino alumbrar alrededor del que sale del agua, ninguna sensación sobrenatural sobreviene al que es bautizado. Nada milagroso sucede. El que es bautizado, sencillamente confía en la promesa de Dios. Él entra en el agua confiando y sale del agua confiando. El bautismo es un acto de fe para salvación. Cuando un cristiano nuevo sale del agua, creemos que Dios en el cielo ha cumplido Su Palabra y ha lavado los pecados de esa persona en la sangre de Jesús.

Cuando uno elige andar con Dios, debe decidir que se vincula a Dios por Su Palabra, no por señales especiales, ni por sensaciones fuera de lo normal, ni por una guía sobrenatural. Este andar exige obviamente confianza diaria en Dios por medio de confiar diariamente en la Palabra de Dios.

## LA PRUEBA DE DAR

Algún tiempo después del nacimiento de Isaac,

Abraham hizo frente a su tercera prueba: la prueba de dar. Dios le pidió a Abraham que ofreciera a Isaac, su hijo, en sacrificio para Él. Para Abraham, esta fue la prueba suprema de su fe.

La Biblia no nos dice qué edad tenía Isaac en el momento que se da este mandamiento. Tal vez no tenía más de diez años de edad. Él fue obedientemente con su padre, permitiendo incluso que le atara sin aparente protesta. El hecho de que preguntó: «... ¿dónde está el cordero para el holocausto?» (Génesis 22.7), indica que tenía edad suficiente para razonar. También demuestra que no tenía suficiente edad para haber pensado en esta pregunta antes de llegar al monte, ni para que Abraham hubiera dado esta información a él antes de salir hacia el monte.

Cuando Dios mandó a Abraham a ofrecer a Isaac, casi parece que Él «restregó» el mandamiento como quien restriega sal en una herida. Las palabras parecen haberse elegido con el fin de maximizar el dolor y recalcar el sacrificio que implicaría el mandamiento:

Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré (Génesis 22.2).

Dios no dijo simplemente: «Toma a Isaac», sino que se refirió a este, usando tres términos entrañables. Dijo: «Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas...».

No se nos dice qué pensó Abraham acerca de este mandamiento. Las naciones paganas de los alrededores de hecho hacían sacrificios de niños. Era raro, pero se hacía. ¿Acaso pensó Abraham, diciendo: «Dios desea que le demuestre que soy tan dedicado a Él como los paganos a sus deidades»? No sabemos lo que pensó, pero sí sabemos que él en seguida se dispuso a hacer lo que Dios le mandó.

¿Por qué dio Dios tal mandamiento? Después de leer lo que sucedió sobre el monte Moriah, sabemos que Dios no deseaba un sacrificio humano. Puede ser que Dios deseaba que Abraham le demostrara completa confianza en Él, por medio de entregarle la más querida y más preciosa posesión que tenía. Fue a Isaac a quien Dios pidió, no a Sara, pues todas las promesas que le había hecho a Abraham estaban estrechamente ligadas a Isaac. Además, no fue que Dios pidió únicamente al hijo de Abraham. También pidió el corazón y el futuro de Abraham; deseaba que Abraham diera todo de sí.

¿Qué hizo Abraham? Después de recibir el mandamiento, él en seguida recogió la leña y el

fuego, juntó a los dos siervos que necesitaba para el viaje, y emprendió la jornada de tres días hacia el monte Moriah, donde se haría el sacrificio. Cuando llegaron al pie del monte, Abraham despidió a los siervos con estas palabras: «... yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros» (Génesis 22.5). Abraham creyó en Dios con tanta seguridad, que estuvo dispuesto a ofrecer su único hijo sobre el altar. Confió en Dios de forma tan completa, que tuvo la esperanza de que Isaac fuera resucitado de entre los muertos para cumplir todo lo que Dios había prometido hacer por medio de él. El autor de Hebreos indica la profundidad de la fe de Abraham en la descripción que hace del evento:

Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir (Hebreos 11.17-19).

Cuando Abraham e Isaac llegaron a la cima del monte, Abraham debió de haber construido en silencio el altar que se usaría. Amontonando piedra sobre piedra, lo hizo sólido y fuerte. No sabemos cómo fue que Abraham hizo para realizar el ofrecimiento en sí, de Isaac. Tal vez se sentó con Isaac, puso un brazo alrededor de él, y le dijo: «Isaac, voy a tener que hacer algo que Dios ha mandado. No lo entiendo, pero todo va a salir bien. Se puede confiar en Dios. Toda tu vida te he enseñado que confíes en Dios. Debemos tener total confianza en Él ahora. Él cuidará de los dos si creemos totalmente en Él. Te voy a atar y te voy poner sobre el altar, pero no tengas miedo, pues Dios cuidará de ti».

Después de la conversación, Abraham ató a Isaac y lo puso suavemente sobre el altar. Es probable que deseara hacerlo rápidamente, para que Isaac no sintiera dolor. Echó el cuchillo hacia atrás. Este reflejó la luz del sol cuando se dispuso bajarlo. En esa fracción de segundo entre levantarlo y bajarlo, una voz lo llamó desde el cielo y dijo: «Abraham, Abraham [...] No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único» (Génesis 22.11-12). Abraham había pasado la prueba de dar, con fidelidad y con lealtad. Había puesto sobre el altar su más querida posesión terrenal, al dar todo lo suyo a Dios.

El significado de lo que Abraham hizo es

reconocido de inmediato por cualquier lector. En primer lugar, Abraham estaba renunciando, en este sacrificio a Dios, su mismo corazón, el amor de su alma. En segundo lugar, estaba confiando en que Dios le devolvería a Isaac después de este ofrecimiento, con el fin de que las promesas que Dios había hecho por medio de él, pudieran cumplirse.

Lo que Dios hizo con Abraham en este evento se ilustra con el siguiente diálogo ficticio que se dio entre Dios y un hombre que se convirtió a Él:

—¿Qué tienes? —le dijo Dios poco después de su conversión.

—Bueno, tengo una casa —dijo el hombre.

—La quiero para mí —dijo Dios—. ¿Qué más tienes?

—Tengo un carro y algún dinero en el banco —dijo el hombre.

—Quiero para mí el carro y también el dinero que está en el banco —dijo Dios—. ¿Qué más tienes?

—Todo lo que tengo ahora son mi esposa y dos hijos —dijo él.

—Quiero para mí tu esposa y tus dos hijos —dijo Dios—. ¿Qué más tienes?

—Ahora ya no tengo nada; solo me tengo a mí mismo —dijo él.

—Te quiero a ti para mí, también —dijo Dios.

—Todo está muy bien, Señor, ya tienes todas mis cosas y todos mis seres queridos. ¿Ahora qué? —dijo él.

—Te los devolveré para que los uses para Mi gloria hasta que Yo considere apropiado usarlos de algún otro modo —dijo Dios.

Lo anterior fue lo que Dios hizo con Abraham.

Aquí se observa otra verdad: Cuando Abraham dio a Dios su hijo, Dios se lo devolvió *para siempre*. Más adelante, en el Nuevo Testamento, Jesús se refirió a Dios como el Dios de «Abraham, Isaac y Jacob». Jesús dijo que Dios *es*, no dijo que *era*. Los tres estaban con Dios en la eternidad en el momento cuando Jesús dijo tales palabras (Mateo 22.32).

Recuerde: Solo lo que damos a Dios, es lo que conseguimos retener. La vida no consiste en casas, tierras, dinero; ni siquiera en esposos, esposas o hijos, por preciosos que sean. La verdadera vida se encuentra en andar con Dios por fe. Tal andar glorifica a Dios y pone en el lugar que les corresponde todas nuestras demás relaciones.

He aquí, entonces, el tercer componente de la fe: dar a Dios. El amor de Dios es un amor que da, pues Él es un Dios desinteresado, un Dios amoroso, que siempre procura bendecirnos por

medio de compartir con nosotros y de darnos con generosidad. Andar con este amoroso Dios siempre implica que nosotros también demos de nuestra parte, aun hasta el sacrificio. No se puede andar verdaderamente por fe y a la vez no ser generoso, servicial y dador.

A un hombre rico de los tiempos de la Gran Depresión de los Estados Unidos, le encantaba citar Hechos 2.38. Él lo mencionaba a menudo para demostrar a otros la importancia del bautismo. No obstante, cuando llegaba el momento de ofrendar los domingos por la mañana, él echaba una simple moneda de diez centavos. La iglesia estaba pasando por momentos difíciles en ese tiempo, y él tenía los medios para ayudar; pero se mantuvo dando nada más que diez centavos. Podía citar Hechos 2.38, pero no lo entendía. No tenía la fe que tal pasaje enseña. Este versículo enseña que quienquiera que se arrepiente verdaderamente y es bautizado, comienza a andar por fe, un andar que incluye dar y vivir desinteresadamente.

## CONCLUSIÓN

Las tres pruebas que Abraham pasó nos ayudan a ver qué es la fe y cómo opera en el corazón de una persona. *La fe es aceptar lo que Dios ha dicho y actuar de conformidad con ello, con confianza y amor*. Tal fe puede separarse en tres componentes: dejar lo que Dios nos ha pedido que dejemos, confiar en los mandamientos y las promesas de Dios y darle nuestra vida y nuestras posesiones a Él y a Su obra como Dios ha mandado.

¿Comenzó usted alguna vez a andar por alguna especie de puente pequeño, pero titubeó porque creyó que podría no soportar su peso? Tal vez comenzó a avanzar con lentitud, para comprobar su fortaleza. Al final, pasó lentamente hasta llegar al otro extremo. Una vez que estuvo seguro de la capacidad del puente para soportar su peso, usted pudo devolverse para pasar una y otra vez con toda certeza. Esto es realmente lo que significa vivir por fe. Uno acepta las evidencias que le brinda la Palabra de Dios, y afirma todo su peso sobre esa verdad que proviene de Dios. Uno se afirma sobre esa verdad, vive sobre esa verdad y va hasta la eternidad apoyándose sobre esa verdad. El puente que le lleva a uno a Dios es la verdad de Su Palabra. Andar por fe no se basa en sentimientos, ni en suposiciones, ni en supuestas señales. Es un andar por el puro centro del puente de la Palabra de Dios.

Puede que se pregunte: «¿Hay galardones para tal andar?». Sí los hay, la persona fiel recibe dos galardones significativos. No solo recibe las bendiciones de Dios, sino que también a *Dios* mismo. Dios

es nuestro galardón así como nuestro Redentor. El más grande don de parte de Dios es Dios. En Génesis 15.1, esto fue lo que Dios dijo a Abraham: «No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande». Cuando Abraham anduvo con Dios, él recibió no solo las bendiciones de Dios, sino que también recibió a Dios, el que da las bendiciones. La misma invitación se ofrece a

cada uno de nosotros. Dios dice: «Ven, anda conmigo, y Yo te daré Mi presencia y Mis provisiones». ¿Comenzará usted a andar por fe? ◆

***Lección a ser aprendida:  
La fe es aceptar la Palabra de  
Dios y actuar de conformidad  
con ella.***

© Copyright 2006 por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados